

## Emotion and Agency

Jan Slaby y Philipp Wüschner

William James notoriamente sostuvo que "nos sentimos tristes porque lloramos, enojados porque golpeamos, asustados porque temblamos, y no es que lloramos, golpeamos, o temblamos, porque estamos tristes, enojados o asustados, como sea el caso" (1884: 190). No estamos de acuerdo, pero no del todo. Sugerimos que sería más adecuado decir que estamos tristes en la medida en que lloramos o nos lamentamos de alguna manera, enojados en la medida en que golpeamos o nos enfrentamos de otro modo, asustados en la medida en que nos escondemos o evadimos, felices en la medida en que reímos, saltamos de alegría, o sonreímos. Las emociones se desenvuelven en el acto -no son respuestas sentidas ante reacciones previas e independientes ni acciones o entidades causales claramente separadas o eventos anteriores a nuestras acciones, sino compromisos actuados en el mundo.<sup>1</sup> El modo específico o estilo del compromiso propio, la intensidad, el énfasis o la vivacidad que traemos a estos actos moldean nuestras emociones, determinan su "qué" y su "cómo". La naturaleza activa de la emoción arroja una luz importante sobre la forma en que se relaciona la emoción con la valoración. El compromiso emocional es lo que permite que el valor se manifieste y se concrete, en esto se abre una esfera práctica moneda corriente y repleta de lo que debería ser (o no ser), y por lo tanto lo que debería y podría ser hecho por mí, por nosotros, aquí y ahora. El valor, en nuestra opinión, es a la vez constituido y detectado por nuestros compromisos emocionales (ver Helm, 2001) -una visión cuya paradójica apariencia inicial será mitigada por nuestra explicación de las emociones como compromisos activos con el mundo.

De acuerdo con ello, nuestro objetivo en lo que sigue es delinear una visión filosófica de la emoción que pone la agencia mucho más cercana al corazón de lo que es una emoción. Dos aspectos entrelazados son fundamentales en esta perspectiva: (a) las emociones son relacionales; esto es, están constituidas mediante un acoplamiento fenoménico denso para el medio ambiente del agente; (B) son dialógicas en cuanto a que su puesta en acción como un compromiso con el medio ambiente ayuda a dar forma al espacio de posibles nuevas formas de actuar y entonces determina en parte cómo se emergerá subsecuentemente la emoción. Mas aún, la conceptualización de las emociones como

Pág. 212

---

<sup>1</sup> Solomon (2004) introdujo a nuestro conocimiento el concepto de "compromiso con el mundo" en la filosofía de la emoción, como una forma de hacer su anterior teoría valora-mentalista de las emociones más adecuada a la fenomenología de la experiencia emocional.

desenvolviéndose en actos dialógicos y relacionales exige verlas menos como estados mentales y más como episodios extendidos temporalmente que involucran el comportamiento entero de una persona en y hacia el mundo. Ahora, el problema de la agencia en parte aporta a la pregunta acerca de en qué formas podemos apropiarnos de estos episodios agenciados como nuestros. Esta apropiación es crucial, porque sólo entonces, por obtener activa y conscientemente entendimiento de un episodio emocional que, al mismo tiempo que lo experimentamos de forma pasiva, es el reino del valor expresado y (re)constituido en la misma secuencia de despliegue de actos<sup>2</sup>.

En consecuencia, lo que vamos a describir en lo que sigue podría ser puesto así: las cualidades expresivas de nuestro medio ambiente, su valor manifiesto (es decir, las cosas que son importantes para nosotros de alguna manera específica u otra) nos pueden atraer y ejercer una tracción afectiva sobre nosotros. Esto podría ser visto como el “aspecto pasivo” de las emociones. Sin embargo, en oposición a muchas teorías de la emoción actualmente debatidas, creemos que un episodio emocional no se detiene allí, sino que implica esencialmente un momento de “eliminación progresiva” o de transformación de la experiencia inicialmente pasiva en un compromiso activo. Este acting-out no es una reacción independiente y ciega a la búsqueda afectiva, sino que depende de la clase de persona que somos, en nuestros diferentes habilidades y capacidades y, no menos importante, de los valores que ya confirmamos. En adición, la forma en que llevamos a cabo nuestras emociones no sólo promueve otras maneras de proceder actuándolas, sino que también da forma a los aspectos fenoménicos; es decir, a la dimensión sentida de la emoción en cuestión. Por lo tanto, se argumenta, es esencial no extraer de la descripción fenomenológica de las emociones su impulso activo sino, por el contrario, hacer hincapié en ella. Este punto de vista evita la aparente brecha entre las emociones como experiencia pasiva y las acciones que motivan. En lugar de cerrar la brecha entre las emociones pasivas y las acciones subsiguientes con alguna oscura “fuerza motivacional”, sugerimos pensarlas de una forma que en primer lugar no abre esta brecha: la acción ya es parte de la emoción, nada menos que su núcleo procesal.<sup>3</sup> En lo que sigue vamos a aproximarnos desde la perspectiva amplia de la persona socialmente comprometida en lo que podríamos llamar su “yo mínimo” activo afectivo, cuya catastrófica

Pág. 213

---

<sup>2</sup> La visión de que el compromiso emocional “activa” valor no es nueva; es un elemento básico en el pensamiento fenomenológico de la emoción -articulado, por ejemplo, por Sartre (1994 [1939]), con claros ecos de Heidegger (1927), y también en términos ligeramente diferentes de Paul Ricoeur (1966 [1950]). Solomon (1976), una vez más, intentó apropiarse del enfoque desde una filosofía anglo-americana contemporánea, hablando de las emociones como “evaluaciones constitutivas” [trad; ¿constituyentes?] que impregnan el mundo con valor. Con sus formulaciones a veces exuberantes, Solomon tendió a oscilar entre el cognitivismo (emociones como juicios que detectan valor) y el proyectivismo (emociones como gente produciendo valor). Creemos que hay una importante intuición y correcta detrás de esta misma oscilación: ni el seguimiento del valor preexistente ni su mera proyección subjetiva capta lo que realmente sucede en sitio -el punto de hablar de una constitución emocional de valor es exactamente esto: evitar cualquiera de los extremos. Bennett Helm (2001) se acerca bastante a una explicación convincente de este punto de vista no apriorista, aunque con matices un poco excesivamente racionalistas. Parte del objetivo de nuestro capítulo es hacer un comienzo refrescante en esta dirección con foco en el aspecto de agencia de la emoción.

<sup>3</sup> Sabine Döring (2003, 2007) propone una visión de la emoción que del mismo modo cierra el “déficit de motivación” que, presumiblemente, se abre, en el caso específico discutido por ella, entre la visión moral y la agencia moral en las teorías filosóficas estándar de la motivación moral (lo que Michael Smith llama “el problema moral”, ver Smith 1994). Sin embargo, la propuesta de Döring difiere de la nuestra en aspectos significativos dado que estima las emociones como no tan directamente agenciando sino más bien como estados de percepción-acabados-motivacionales de una especie sui generis (“percepciones afectivas”).

erosión en condiciones como la depresión severa da credibilidad fenomenológica adicional a nuestra propuesta. De esta manera se pretende mostrar que las emociones están tan íntimamente tramadas con la acción que una explicación filosófica de la emoción está bien asesorada para iniciar y posteriormente permanecer allí: donde está la acción.<sup>4</sup>

## **1. De lo experimentado a las teorías de la emoción como acción**

La discusión de los pros y los contras de las teorías cognitivas que han dominado en las décadas recientes la filosofía de la emoción parece más bien agotada. No es una idea revolucionaria, ya que podría haber estado en los primeros momentos del cognitivismo, cuando emergieron los puntos de vista de Kenny, Bedford, Solomon, y otros en primer lugar, que las emociones tienen contenidos intencionales con capacidad y necesidad de evaluación racional. La idea de cognitivismo sobre la motivación ya no requiere una declaración provocativa, ya que en cierto sentido amplio, todos o la mayoría de los teóricos que actualmente trabajan en el tema coinciden en que las emociones son evaluables de forma racional, que pueden ser descritas como la importación de alguna manera de “aprehender”. En consecuencia, hace sentido evaluar su precisión al hacerlo, por ejemplo, distinguiendo sus contenidos factuales de sus contenidos de evaluación, e igualmente su mundo de relación de su dimensión auto-expresiva [self-disclosive] (ver Slaby y Stephan, 2008).

La mayoría de los teóricos coinciden también en que las características cognitivas o intencionales no agotan la naturaleza de las emociones. Es su dimensión de experiencia, su carácter cualitativo, por donde va el consenso, que distingue a las emociones de los estados intencionales de otros tipos: las emociones son sentidas, y eso es lo esencial. Han sido descritas variadamente como evaluaciones sentidas (Helm, 2001), “sentimientos hacia” (Goldie, 2000), percepciones afectivas (Döring, 2007), constructos imbuidos de afectos en base al interés (Roberts, 2003), o actitudes evaluadoras sentidas (Deonna y Teroni, 2012). En la visualización de las emociones como formas de vivir afectivamente el mundo, estos enfoques combinan los conocimientos de las teorías cognitivistas y teorías de los sentimientos sin compartir los excesos de ambos lados.

Como se verá en lo que sigue, esta orientación común hacia la experiencia como la dimensión nuclear de la emoción no es del todo equivocada, pero podría llevarnos en una mala dirección, sobre todo si la “experiencia” se entiende en un margen estrecho de percepción y por otra parte en sentido “pasivo”. El peligro de centrarse en la experiencia de una emoción en lugar de en su carácter activo es que la importancia de la agencia para la emoción se pierde de vista y con ella lo que podría ser la característica más relevante de una emoción. Mientras que declaran su apoyo a la “fuerza motivacional” de las emociones, y al hecho de que hay acciones desarrolladas a menudo características de emociones (ver por ej; Goldie, 2000: 37-49), los defensores de las teorías filosóficas de la emoción en su mayor parte fallan en proporcionar una conexión convincente entre los componentes de sensación de una emoción y la acción en la que se desenvuelve la emoción. Desde

---

<sup>4</sup> Un agradecimiento especial a Jonas Klein por sugerir varias formulaciones de esta introducción, proporcionando un comentario escrito altamente esclarecedor sobre una versión anterior de nuestro capítulo.

el inicio, las emociones han de entenderse en relación con nuestra capacidad para actuar y comprometernos con el mundo prácticamente, o así lo. Las emociones en sí de hecho se entienden mejor como formas de comportamiento activo en y hacia el mundo, y en muchos casos su desarrollo no es en absoluto distinguible de la acción intencional. En estos casos, es fácil decir que las emociones son algo que hacemos –enfoque que Robert Solomon sobre-generalizó y releyó en Sartre (Solomon, 1976). Esta visión general merece una reapropiación cuidadosa que comenza aclarando exactamente lo que nuestra expresión [trad; habla] de un “carácter agenciado de la emoción” implica y lo que no<sup>5</sup>.

## **2. Acoplamiento fenomenológico o: ¿quién robó la pasividad de la pasión?**

Inicialmente, ciertamente parece que no todas las emociones se describen correctamente como compromisos activos. En su mayor parte, uno diría, la descripción de las emociones como pasivas es más adecuada<sup>6</sup>. ¿Cómo más se puede conceptualizar la sensación de ser superado o arrastrado por una emoción, o capturar las emociones de efectos a veces paralizantes? Con el fin de mostrar que aún en casos de extrema pasividad del despliegue de temporal una emoción es agenciada, es recomendable comenzar desde un punto que al menos es probable que sea asociado con “actividad”.

Considérese la posibilidad de casos de apreciación del arte. Muchas de las emociones que experimentamos con la música, cine, teatro, danza o son tales que su plena calidad fenomenológica, su capacidad para “movernos”, no se puede caracterizar adecuadamente sin recurrir a la expresividad de las obras en sí mismas, estas características expresivas nos involucran afectivamente: nos hacen sentir, actuar en consecuencia desde el exterior, en y a través de la afectividad<sup>7</sup>. Lo que sin duda no se necesita, o eso es lo que podría parecer en un principio, es una referencia a algo que hacemos. Aquí, como también en la mayoría de los casos de emociones interpersonales, lo que nos afecta del entorno es en sí mismo activo y expresivo<sup>8</sup>, mientras que el "agente" está en las garras de lo que esté pasando en el mundo. -Pág. 215-

---

<sup>5</sup> Algo en contra de su abandono en la filosofía de la emoción, la agencia ha figurado de manera más prominente en la literatura de investigación psicológica en la emoción. A la cabeza está la teoría de la emoción de Nico Frijda (ver Frijda, 1986) explícitamente orientada a la acción; otro enfoque que da un lugar de honor a la acción en la emoción es de Parkinson (1995), quien considera a las emociones como estrategias de configuración de relaciones. Griffiths y Scarantino (2009) proporcionan una buena visión general de algunos de los estudios empíricos. También ver Lambie y Marcel (2002) para un seguimiento más cumplido de la experiencia emocional desde la perspectiva psicológica.

<sup>6</sup> Omitimos una complicación adicional de este asunto al hacer caso omiso de la posibilidad plausible que muchas experiencias pueden ser en sí mismas, más que procesos sufridos de forma pasiva. En nuestra propuesta, con el objetivo de oponernos a los enfoques pasivistas de la experiencia que tratan experiencias principalmente como ejercicios de receptividad de una persona (a diferencia de la espontaneidad de una persona; ver, por ej, McDowell, 1994). Con nuestra postura, estamos en línea con autores en la tradición de activismo que defienden la visión de la experiencia como esencialmente activa (ver, por ej; Noë 2005).

<sup>7</sup> Usamos el término “afectividad” en un sentido genérico para referir a fenómenos afectivos; es decir, las emociones, estados de ánimo, y los sentimientos intencionales tales como la sensación de estar satisfecho o insatisfecho, y así sucesivamente.

<sup>8</sup> La apreciación del arte aquí sólo sirve de ejemplo intrigante de la experiencia pasiva de emoción. No podemos entrar en los intrincados debates sobre la expresividad de las obras de arte o las acciones reales que podría demandar al que siente. Un enfoque plausible, planteado por Levinson en el contexto de un análisis de la música, sostiene que el movimiento rítmico y otras características dinámicas del sonido musical constituyen patrones similares a la dinámica del gesto humano (entendido en términos generales). La expresividad musical, sería tanto derivada de la expresividad de la conducta humana (véase Levinson 2009). En cuanto a la supuesta expresividad "activa" de otras formas de arte, como la pintura, empatiza con visiones activistas que subrayan el inherente carácter dinámico de la composición artística (ver, por ejemplo, Noë 2012).

Pero incluso aquí, argumentamos, el compromiso con el medio ambiente expresivo y por lo tanto activo comprende algún tipo de actividad por parte del apreciador. En uso de un término que podría impactar a los lectores como algo inusual, lo llamamos “acoplamiento fenomenológico” (ver Slaby, 2014).

Acoplamiento fenomenológico es la participación directa de la afectividad de un agente con una estructura o proceso del medio ambiente que tiene en sí cualidades expresivas similares a los afectos, por ejemplo, en forma de una atmósfera afectiva (Anderson, 2009; Schmitz et al, 2011) o como una cualidad expresiva de una pieza de música (Levinson, 2009). La gama más relevante de ejemplos del acoplamiento fenomenológico es en el dominio social-interactivo: probablemente nada es tan comprometedor emocionalmente como la expresividad dinámica de los demás humanos –los individuos tanto como los grupos regularmente nos llevan a experiencias emocionales que podríamos no ser capaces de experimentar por nosotros mismos. Pero incluso en estos casos de inmersión aparentemente pasiva el elemento central de la experiencia emocional es una especie de compromiso, una forma de la agencia.

Froese y Fuchs (2012), en parte haciéndose eco de Merleau-Ponty, han proporcionado una idea de cómo esto podría jugarse en la interacción interpersonal: a saber, en la forma de una interacción dialógica de *actio* y *passio*, expresión e impresión, con el cuerpo vivido como un “tablero de resonancia sentida para emociones” (Froese y Fuchs 2012: 212). En estos intercambios inter-afectivos, la expresión emocional manifestada (cara, gesto, postura corporal, etc.) de un agente es aprehendido por el otro en la forma de un comportamiento corporal afectivo. Esto a su vez modifica la expresividad de la segunda persona, lo cual es captado de nuevo por el otro, y por lo tanto una secuencia dialógica de compromiso corpóreo mutuo se desarrolla<sup>9</sup>. Es importante destacar que el comportamiento expresivo de cada parte no es meramente un reflejo de las expresiones del otro; más bien, se empuja dinámicamente hacia adelante, permitiendo así un diálogo genuino<sup>10</sup>.

Además de ser sentidos, los episodios de emocionales –aún en su carácter fenomenológico inmediatamente sentido–, son formas de un compromiso intencional con el mundo; que implican un comportamiento emocional en el mundo<sup>11</sup>. Los sentimientos en cuestión son *sentimientos hacia* en el sentido de Peter Goldie (Goldie 2000) y por lo tanto formas de apertura afectiva al mundo. El

Pág. 216

---

<sup>9</sup> Joel Krueger ha proporcionado descripciones densas de interacción encarnada rica en afectos, y él invoca útilmente el concepto de un “espacio nuestro” como el reino interpersonal específico que se crea y luego negocia en estos intercambios dialógicos encarnados (véase Krueger 2011).

<sup>10</sup> Los activistas hablan de esta interacción dinámica como “hacer sentido participativo”, un acting-out conjunto que permite que el sentido se haga manifiesto de una manera que es socialmente compartida, situada, e incorporada desde el comienzo (ver de Jaeger y di Paolo 2007).

<sup>11</sup> Nosotros preferimos hablar de “comportamiento en...” en lugar de “comportamiento hacia el mundo” con el fin de evitar la impresión de una hendidura entre el compromiso de un agente y el mundo que se da a conocer de forma activa. Seguimos a Heidegger (ser-el-el-mundo) y Merleau-Ponty (1962[1945]) en suscribir a una concepción totalmente anti-cartesiana de expresión del mundo –una que no se inicia a partir de una presupuesta distinción ontológica de “sujetos” y “objetos”, sino que se libera de estas notorias dicotomías.

cuerpo vivido activo es el medio parcialmente transparente de los compromisos emocionales, no su meta fenomenológica opaca, como lo vería Jesse Prinz (ver Prinz 2004; Slaby 2008b). Nuestro punto de vista difiere del de Goldie en que explicaremos lo que él llama “sentir hacia” como “compromisos con” que son activos: -donde hay emoción, hay agencia, y por tanto un agente. Pero, a primera vista, no está claro que la acción se origine, de forma deliberada, del agente, ya que, como vimos, las emociones son típicamente vividas como algo que nos sobreviene, al menos al inicio. Nosotros, sin embargo, nos apoderamos subsecuentemente de nuestros compromisos emocionales, y a veces podemos incluso deliberadamente “mantenernos en ese estado de ánimo” [“stay in the mood”]. *Nos colgamos* activamente en el comportamiento en cuestión; ahora es nuestra emoción tal como la acción es nuestra acción. Es aquí que el cambio descriptivo de estados mentales a episodios temporales es más notable. Imagina que te empujan por detrás en la acera en una manera grosera de pasar. ¿Qué experimentas? En primer lugar, probablemente vas a sentir sorpresa, te encontrarás -a ti mismo- en un estado de alarma, tal vez incluso de shock. Tu sorpresa se volverá pronto enojo, se apaciguará en molestia, y podría dar camino a una frustración general acerca de la vida moderna en la ciudad. Pero ahora, veamos lo que hacés. Instintiva y casi mecánicamente tus ojos se abrirán ampliamente, tus latidos se elevan, etc. Pero pronto vas a cambiar tu expresión facial por un ceño fruncido, vas a buscar aprobación en las caras de los que te rodean, si la encontrás, tal vez vas a intercambiar una sonrisa con esa persona, si no, es posible que sacudas la cabeza y decidas mudarte al campo.

En nuestra opinión, hay 2 posibles errores a cometer en el análisis de este evento. El 1ero sería dividir este episodio emocional en diferentes tramos de patrones de emoción-y-reacción. La secuencia sólo tiene sentido en conjunto, porque es irrazonable pensar que tu enojo simplemente se detiene tan pronto como ves a alguien sonreír con aprobación, o que enfrentamos 2 emociones completamente separadas e independientes que no se interrelacionan. El 2ndo error sería considerar lo que se hace solo como reacciones a lo que se siente. La expresión de sorpresa, tu ceño fruncido, tu búsqueda de aprobación, tu sacudón de cabeza...son formas en las que tu enojo se da en el tiempo; y son formas en que integrás activamente este episodio a tu vida. Transforman lo que te pasó en compromiso activo con el mundo. Ciertas acciones se ven más deliberadas que otras, algunas implican juicios, tal vez aún razonamientos, otras no. La transformación de la experiencia “pasiva” en un compromiso activo podría incluir desde cualquier respuesta física impulsiva a acciones intencionales para llegar a un estado que consideremos apropiado. Se podría objetar que ahora no se ve claro cuándo un episodio emocional termina. De hecho, podría ser así, pero ¿es realmente una objeción? ¿O es más bien una descripción precisa de que estamos constantemente tratando de ganar el control sobre afectos y emociones?

Esta idea nos acerca mucho al concepto aristotélico de *hexis* como este “cuelgue” posible que podemos mantener sobre nuestras emociones<sup>12</sup>. Estrictamente, el término *hexis* no se limita a

Pág. 217

---

<sup>12</sup> *Hexis* es una noción de Aristóteles que se ha descuidado injustamente en comparación con la mucho mejor conocida noción de las pasiones del alma (*pathé*). El término comprende, al igual que la mayoría de los términos aristotélicos, una variedad de significados que van desde la disposición a la capacidad o incluso la propiedad y la calidad. Aún así, la interpretación más exhaustiva de *hexis* se pueden encontrar en Hutchinson (1986), dada su dependencia de la Física VII de Aristóteles, la autenticidad no es fuera de toda duda.

la esfera humana; su rol más influyente ha sido su uso en la *Ética Nicomaquea* para describir “aquellas cosas en virtud de la cual estamos en una buena o mala condición con respecto a los sentimientos” (EN, 1105b: 25-6). Este es el significado más estrecho con su fuerte conexión con el valor moral el de interés aquí. Con *hexis*, Aristóteles da un término que falta en la mayoría de las teorías modernas de la mente, ya que conceptualiza tal momento preciso de “superación progresiva contextuada” [trad de *phasing over*] o de transición de las *pathe* [trad; el singular es *pathos*] a la *praxis* como una capacidad humana genuinamente encarnada. Es crucial entender que este “*phasing over*” sin invocar razonamientos morales o reflexión teórica. Por nuestros *hexeis* [trad; plural de *hexis*] ya estamos en buena o mala disposición a actuar a la luz de las emociones o pasiones fuertes. En virtud de nuestro valor, por ejemplo, estamos bien dispuestos a golpear ante una amenaza; pero esto no significa que no vamos a sentir miedo; esto significa que vamos a convertir el miedo en torno a la valentía, y en esta acción podemos, por así decirlo, poseer nuestro miedo. Esto no se debe interpretar mal como el lugar común de la capacidad de actuar en diversas maneras para enfrentar nuestras emociones. Lo que Aristóteles apunta es a la capacidad de moldear la emoción misma de acuerdo con nuestras capacidades y la situación en cuestión. Este “moldeo” o configuración de la emoción se lleva a cabo actuando apropiadamente de acuerdo con quién o qué somos en relación a los valores establecidos de la polis.

*Hexis*, que se deriva del verbo griego para “tener” (*echein*) implica un concepto de posesión en contraste con ser poseído, de ahí que los *hexeis* son más que simples disposiciones; ellos son formas de auto-propiedad. Para los antiguos griegos con su concepto de un *Kosmos* perfecto, ser cambiados en contra de nuestra naturaleza es un fracaso moral de lo último, ya al hacerlo, nos rebajamos al estado de un animal o, peor aún, somos pateados como una piedra. Visto desde esta perspectiva aristotélica, sería correcto decir que la conceptualización de un episodio afectivo tan completamente pasivo dará lugar a una vista despersonalizada del sujeto en cuestión. El cambio o movimiento, es la condición primordial del mundo de los griegos antiguos, incluso antes de la distinción entre *actio* y *passio*; y como humanos no podemos sino constantemente tratar de mantener la propiedad de ese cambio en todo nivel. Lo hace por la *praxis*; ejecutando la naturaleza humana sólo en la medida en que actuamos. Y por lo tanto, es en esa *praxis* que el valor ya está contenido, como su telos inmanente.

Por supuesto, hay aspectos del concepto teleológico aristotélico de que no se traducen tan fácilmente a nuestra visión del mundo moderno, pero los puntos de la idea general van directo al centro del un debate en curso de la agencia y los problemas que enfrenta. David Velleman trajo a la palestra el problema de la agencia como el problema de dónde poner el agente en el “orden explicativo del mundo” (1992: 465). Para Velleman entendemos la acción (humana) sólo si se remonta a un agente (humano) como su causa, y por tanto, nos enfrentamos a la preocupación de Thomas Nagel que “*Todo lo que hago es parte de algo que no hago, porque soy parte del mundo*” (Velleman 1992: 467; Nagel

1986: 114). En este punto, Velleman se dispone a buscar “eventos y estados para jugar el rol del agente” (1992: 475) y encuentra, naturalmente, -deseos, motivos, razones, y otros estados mentales (1992: 477). Es aquí donde Velleman hace una diferencia crítica entre los eventos que son “funcionalmente idénticos al agente” (1992: 475) y aquellos que no lo son, llegando a la conclusión de que la calidad de ser persona se encuentra sólo en el “deseo de actuar de acuerdo con razones” (1992: 478) -Marcando un punto de hecho muy aristotélico.

No podemos entrar de lleno en esta discusión acerca de cómo apropiarse de causas en la manera correcta y si la razón en realidad debería ser el criterio aquí, ni podemos resolver el problema de Nagel de la agencia. Sin embargo, cautamente sugerimos dos cosas: primero, tal apropiación ya se nos impone por lo que usualmente llamamos nuestras pasiones (es decir, lo que nos importa, lo que nos concierne como individuos) y no sólo por aquellos deseos que concuerdan con la razón o algún tipo de la naturaleza humana; y en segundo lugar, esta apropiación en sí ya es esencialmente agenciada. Es algo que hacemos, y que hacemos de manera continua y en el nivel más básico que en orden de obtener una imagen real de la naturaleza humana, nuestra agencia es el punto de partida que explica el resto y no un oscuro problema con el que nos enfrentamos al final del día. Así que la preocupación de Nagel “*todo lo que hago es parte de lo que no hago, porque soy parte del mundo*”, es infundado, ya que “ser parte del mundo” es esencialmente algo que hacemos.

Debe quedar claro que no queremos eliminar la pasividad de las emociones, ni afirmamos que la experiencia no es crucial en lo que llamamos afectividad. De hecho, en nuestro punto de vista, duda mucho de si “pasividad” y “actividad”, “experiencia” y “acción” exigen en absoluto ser conceptualizadas como mutuamente excluyentes. Nuestra preocupación aquí es sólo con el orden correcto de la explicación. Dado que, si uno empieza visualizando las emociones a través de la lente de una experiencia pasiva tendrá dificultades para traer la actividad de nuevo al foco en una forma satisfactoria.

### **3. El Espacio Hodológico de Sartre y el sentido de capacidad**

Las emociones son ampliamente aceptados como fuerzas motivacionales (que podrían dar lugar a la acción) y como “maneras” de hacer cosas -como mirar amorosamente a alguien que te gusta o gritar enfadado a alguien que no te gusta. Sin embargo, esta aceptación generalizada es anulada por el abandono que sufre la agencia en la teorización filosófica sobre las emociones, o confundida por teorías excesivamente complejas, por ejemplo, aquellas que ven los deseos como las fuentes principales de acción humana<sup>13</sup>. Este descuido (o confusión) lleva a una incómoda brecha explicativa en la descripción de los episodios emocionales. Incluso en la más

Pág. 219

---

<sup>13</sup> Una reciente excepción parcial a la negación de la agencia en la filosofía de la emoción es la de Deonna y Teroni (2012: Esp. ver cap. 7). Nuestra propuesta se puede considerar como más radical que la de ellos en principalmente dos aspectos: primero, lo que Deonna y Teroni llaman “actitudes” están en nuestra teoría especificadas como un compromiso o comportamiento más activo, y en segundo lugar, optamos por un entrelazamiento más íntimo y co-articulación agente-mundo que va mejor con la rama existencialista de la tradición fenomenológica.



cuidadosos enfoques, las emociones o bien tienden a convertirse en entidades causales distintas que de alguna manera dan lugar a una acción subsiguiente o en reacciones aparecidas cuando la verdadera acción ya se ha terminado que se sienten ajenas. Indicamos que, incluso en casos de la afectividad que parecía implicar un receptor pasivo y no un agente, esta participación es en sí mejor descrita como compromiso activo con el mundo, primero como un comportamiento involuntario y, a continuación, al menos en muchos casos, como apropiación y continuación activa del compromiso inicial. Ahora es el momento de mostrar cómo la verdadera agencia centro de la afectividad se encuentra exactamente aquí: en el cruce donde la pasividad y la actividad de alguien extrañamente se funden en su involucramiento activo con el mundo<sup>14</sup>.

Puede que no sea difícil aceptar que la afectividad es algo así como una “interfaz” encarnada y enactiva [trad; transliteración mía del inglés “enactive” en vez del sinónimo griego autopoiesis, sistema cerrado pero con capacidad de adaptarse al entorno] entre la conciencia experimentada de la emoción y la acción intencional. Los episodios emocionales marcan una especie de punto de conmutación o de la zona de transición en la que una conciencia valorativa de una situación (algo relevante que atrae la atención) es la eliminación gradual por un compromiso activo (nuestro hacer algo al respecto, con, o en relación con ello). Pero queremos auspiciar una participación más directa de la agencia en la emoción: las respuestas afectivas consisten en más que simplemente una presión sentida o tirón para actuar en relación con lo que está entendido como importante en la situación actual. En nuestra opinión, la acción y el compromiso en sí mismos son la sustancia de un episodio emocional. Un tirón de motivacional de la situación marca el inicio, y con frecuencia es entonces tomado activamente y seguido a través en el curso de la emoción (el enojo es paradigmático aquí, pero también la alegría, la amargura, el temor). Algo en el mundo nos exige actuar sobre ello, o nos demanda evitarlo o evadirlo, y este llamado de atención inicial, conduce directamente a una forma de compromiso que es la emoción -estamos enojados en la medida en que golpeamos, avergonzados en la medida en que desviamos la mirada de la de otros, asustados en la medida en que nos escondemos o corremos, felices en la medida en que gozamos. En la experiencia emocional, no hay en su mayor parte ninguna diferencia relevante entre la aprehensión de la importancia de algo y zambullirse en la participación en el mundo, de conformidad con este significado situacional. No hay brecha: ser emocional es comprometerse con el mundo en esas formas relevantes ver Helm, 2001, 2002 para una visión relacionada).

Para entender cómo este compromiso inicial moldea el carácter de experiencia de una emoción, imagina el siguiente escenario. Ves un debate filosófico en casa con algunos amigos. Uno de los panelistas hace un comentario atroz sobre algo de importancia para ti (por ejemplo, el papel de la agencia en la experiencia emocional). En tu casa te acalorás expresando tu enojo, señalando la pantalla y tal vez pronunciando uno o dos insultos. Ahora, imagínate sentado entre el público de la misma charla. Aquí no se puede señalar, gritar, o insultar, en lugar de eso mirarás fieramente, girarás los ojos, sacudirás la cabeza, cruzarás los brazos, o suspirarás con incredulidad. A continuación, imagina que estás en el panel viendo ese imbécil “vos mismo”. Ahora es posible que te inclines hacia adelante,

---

<sup>14</sup> Este proceso de transformación de pasivo a activo es también tal que la intencionalidad de un episodio emocional cambia de intencionalidad meramente experiencial (algo que se revela como tal y tal cosa) en intencionalidad orientada a metas o teleológica (algún efecto se querrá realiza, como por ejemplo en el vuelo, la lucha, comunicación y similares).

y mires a tu oponente mientras simultáneamente controles tu ira, todavía sosteniendo tu brusca respuesta, pero sin hacer que parezcas un tonto. En los tres casos, algún tipo de ira fue inducida, que no sólo reveló el modo en que la situación exigió tu compromiso, sino también consistió en (al menos) el inicio de la ejecución de tal compromiso con la situación. Sin embargo, algunas posibilidades de la acción fueron bloqueadas en cada situación, mientras que otras fueron destacadas y casi obligatorias. De acuerdo con ello, en función de las circunstancias concretas, tu ira fue actuada de manera diferente en cada caso.

Es este fenómeno que Sartre en su Esbozo de una teoría de las emociones - enfoque muy explícito y útil de la acción en la emoción- entiende como un espacio hodológico<sup>15</sup>. Las diferentes posibilidades de actuar sobre tu enojo se reflejan también en tu experiencia emocional. Tu ira se mezcló con disfrute en la medida en que podías insultar libremente a tu oponente seguro en casa entre la risa tranquilizadora de tus amigos. Tu ira se agravó y se tiñó con impotencia cuando te sentabas en la audiencia, incapaz de expresar de manera adecuada. Y tu rabia era casi de excitación y agresión cuando estabas en la mira en el escenario, listo para golpear con un brillante contra-argumento. Las diferentes posibilidades de actuar sobre tu enojo se reflejan también en tu experiencia emocional -traída a su pleno fervor a través de tu expresivo acting-out en el 1er caso; apareciendo en una fugaz impertinencia insoportable que mostró tu parálisis nerviosa en el 2do caso; mientras en el 3er caso, el valor negativo ya está a punto de dar paso a una evaluación más clara, precisamente porque ahora podés encarar de manera efectiva la situación, con el fin de hacer lo correcto con la crítica y potencialmente corregir lo que acababas de decir<sup>16</sup>.

En un sentido similar aunque algo diferente, Sartre construye las emociones como “transformaciones mágicas del mundo”, a menudo en respuesta a los problemas u obstáculos encontrados por alguien en sus actividades. Sartre está aquí claramente influenciado por los psicólogos de la Gestalt, ya que, como ellos, él entiende el mundo como red de senderos y caminos con oportunidades y obstáculos. En cada aquí y ahora el mundo muestra un “índice de adversidad”, es decir, el grado específico de dificultad práctica y molestias que el mundo presenta ahora a nuestros intentos de navegarlo. Para Sartre, las emociones son situados compromisos encarnados, a veces usados estratégicamente (no siempre conscientemente), actuados en respuesta a interrupciones no deseadas o esperadas, ante obstáculos u oportunidades específicas que el mundo ofrece. Una emoción es entonces un poco como un juego; el emocionado está performando un drama

Pág. 221

---

<sup>15</sup> La noción de “espacio hodológico” se introdujo en psicología por la gestáltica Kurt Lewin (1938); para una adopción contemporánea de la idea dentro de una teoría psicológica de la emoción, ver Lambie (2009).

<sup>16</sup> Esto ilustra una vez más la complejidad de la divulgación emocional del valor. Si bien anclado en características objetivas del mundo, el valor también depende crucialmente de las características de la persona que lo aprehende –notablemente en las que llevan a las capacidades propias a comprometerse activamente en la situación relevante de manera significativa. Por lo tanto, un elemento subjetivo, basado en la capacidad se introduce en la constitución del valor, poner límites a la posibilidad de generalizar adscripciones a valores. No podemos entrar en esto aquí, pero véase Slaby (2008a) y, por supuesto Helm (2001) para que tratamientos más abarcadores.

orientado a un entorno adverso, por lo que, de acuerdo con esta actuación, otras determinadas actividades o posturas adoptadas de forma activa o mantenidas se vuelven apropiadas. En un sentido importante, el mundo es entonces reconstituido en el acto de manera que sea "habitable" de nuevo, nuevos dominios de valor se abrieron de este modo. Las emociones sartreanas son parcelas de la acción y de interacción social actuadas, y no sucesos experienciales pasivos<sup>17</sup>. Partes de estas parcelas sin duda contienen momentos de pasividad como estar sentado entre la audiencia sin poder hacer nada, congelado en el asiento propio, sin ver ninguna posibilidad de actuar como uno quisiera. Pero incluso estos episodios pasivos son actuados en algún sentido. Todavía se hace algo cuando se agita la cabeza, cruza los brazos, o se pone miradas, o incluso si tu cuerpo entero se tensa en la auto-represión<sup>18</sup>.

Una cuestión importante que viene a foco en la visión centrada en la acción es el grado en que las emociones están íntimamente ligadas al sentido de la capacidad de un agente. Los compromisos emocionales están, en parte, arraigados en nuestro sentido de lo que podemos hacer, lo que somos capaces de hacer, y también lo que podemos "hacer frente a" o, lo que podemos "bancar" [trad; take] en términos más generales. Los compromisos emocionales toman forma dentro de un -esquema dinámico de relacionarse con el mundo- "yo puedo" o "no me lo banco" un sentido corporal de la capacidad o su opuesto, una sensación corporal de capacidad o incapacidad de relación a lo que enfrentamos que marca el centro de la acción y la emoción. Dependiente en este contexto cambiante de la capacidad (presente aún sin tematizar en la experiencia y la agencia), diferentes tipos de emociones se desarrollan de acuerdo con el cambio de estas circunstancias<sup>19</sup>. Cómo me involucro afectivamente con la situación en que me encuentro se debe en parte a mi sentido de capacidad ejercida sobre las características relevantes accesibles de la situación. De esta manera, es plausible entender las emociones como la encarnación de manifestaciones específicas en un sentido activo de posibilidad: los compromisos emocionales proyectan activamente lo que permite una situación en términos de hechos y sucesos potenciales posibles. El compromiso emocional es a menudo incluso una cuestión de ser forzado en un espacio dinámico de posibilidades. El agente es impulsado a actuar de acuerdo con una trayectoria específica de las posibilidades y obstáculos, en un cierto estilo o modo de participación con el que puede ser bastante difícil romper. De nuevo, y a

Pág. 222

---

<sup>17</sup> Robert Solomon ha seguido de cerca los pasos de Sartre, en la medida en que explicado y defendido una la teoría de las emociones como esencialmente activas, las estrategias deliberadas o las opciones estratégicas (ver Solomon, 1976). Más recientemente, Paul Griffiths ha abogado por un enfoque del contenido emocional como "representaciones orientadas a la acción" y de las emociones en general como "maquiavélicas"; es decir, respuestas estratégicas evolucionadas para a situaciones de importancia social. Como naturalista evolutivo, Griffiths trabaja dentro de un marco teórico muy diferente al de Solomon (véase Griffiths 2004; Griffiths y Scarantino 2009).

<sup>18</sup> Obviamente, como es bien sabido, Sartre no está dispuesto a dejar al emocionado descolgado excusándolo por reacciones emocionales supuestamente "involuntarias". Sartre interpreta incluso las emociones pasivas como ejercicios de la libertad de una persona (ver, por ej; Sartre, 1994 [1939]: 44 ).

<sup>19</sup> Estas y otras ideas se expresan de una manera un poco más detallada en Slaby (2012) y Slaby et al. (2013).

la luz de esto, todavía tiene sentido, incluso en la visión activista desarrollada aquí, ver las emociones como “pasiones” -como algo que el agente podría sufrir en alguna forma pasiva, y no iniciarlas por sí mismo de forma activa. Pero hay que tener en cuenta que muchas emociones se vuelven de hecho minuciosamente activas después de su aparición relativamente pasiva, a menudo, incluso en el íntegro sentido de la acción intencional deliberadamente ejecutada para cumplir objetivos específicos (ver Griffiths y Scarantino 2009 para una visión relacionada).

En todos los casos de emoción, hay dos aspectos distinguibles: uno situacional, el otro agenciado, que se unen para formar un modo de compromiso relacional y dialógico con el mundo. Juntos forman una conciencia afectiva de la situación que es performativa o generadora de normas, en donde “conciencia” no debe ser interpretado como representación mental pasiva de la experiencia, sino como algo inseparable de nuestro manejo práctico con comportamientos en el mundo.

Con esto, la naturaleza corporal del compromiso emocional entra más nítidamente en la atención. El "vehículo" central o medio performativo de la emoción es la acción y el cuerpo vivido-actuado (Merleau-Ponty, 1962 [1945]: esp. ver Parte I, § 19). El cuerpo vivido es el marco dinámico del carácter situado activo, corporal de una persona en el mundo<sup>20</sup>.

El medio ambiente, el envolvente hodológico, se pone de manifiesto, se concretiza en y a través del sentido corporal de capacidad, y a través de la propia capacidad de sentir o actuar para hacer frente a lo que nos afecta. Es aquí donde los aspectos específicos y genéricos de los compromisos emocionales vienen a la vista como siempre ya unitarios, porque mi sentido de la agencia y la capacidad es desde el principio una sensación de ambos, yo y el mundo: como el espacio de mi posible actuar o de estar poniendo en práctica, y estos aspectos son inseparables.

#### **4. El yo mínimo activo-afectivo**

Vamos a estrechar nuestro foco un tanto. Hasta ahora hemos visto como la agencia define en forma importante la afectividad, incluso cuando esté crucialmente marcada por el medio ambiente. Luego tratamos de explicar la participación del agente en el entorno en términos de inter-acción y de tener con esa luz una comprensión más básica de lo que la agencia podría implicar. Con esto, nuestra teoría también comienza a vincular explícitamente la afectividad, la agencia, y el yo. ¿Cuál es la relación entre la afectividad, entendida de forma activa, y lo que puede presumir de ser llamado “el yo” (en su forma más básica)? Esto es lo que nos enfocamos en la presente sección. Con cierta precaución, se podría hablar del aspecto auto-identificadorio del compromiso emocional como una especie de auto-construcción afectiva. Como se indicó previamente (al final de la sección 3), esto no es una estructura separada de la experiencia, pero viene a la vista principalmente como un modificador del proceso de participación activa, acompañando el sentido y posibilidad de la capacidad, y es por tanto inseparable de las acciones y actividades del agente de la emotividad. Una autoconstrucción afectiva no incluye una

---

<sup>20</sup> Para exploraciones fenomenológicas más detallados de la naturaleza corporal de compromiso emocional, ver Colombetti y Thompson (2008); Ratcliffe (2008a); Schmitz et al. (2011); y Slaby (2008b).

estructura separada de los contenidos mentales auto-dirigidos. Está atrapada en el acto, es una performance (ver Slaby 2012).

La auto-construcción afectiva constituye una especie de “yo mínimo”. Es crucial ver que esta estructura básica es una cuestión de agencia desde el principio. No a través de la reflexión, sino de manera afectiva inmediata, nuestro ser se revela a nosotros en relación con lo que actualmente nos preocupa. Este sentido afectivo-agencial de posibilidades comprende un sentido de la facticidad – lo que la situación actual presenta manifiestamente; y en segundo lugar, un sentido de “lo que sigue”, “lo que hay que hacer”, incluyendo centralmente “¿puede hacerse?”, es decir, formas llenas de contenido específicas de proyectar adelante lo que se manifiesta actualmente<sup>21</sup>.

El tacto es un buen caso para ilustrar la interrelación de la actividad, la auto-revelación, y la apertura al mundo en el nivel más básico. En el tacto, que obviamente tiene una correlación entre sentirme a mí mismo y, en la misma experiencia, la sensación de mi cuerpo extraño en el mundo como lo que se toca. Pero bastante importante, sólo el hecho de que soy activo, que soy quien hace el tacto, permite que yo y el mundo tomemos forma en una correlación que muestra esa diferencia (Ver Ratcliffe 2008a: Ch. 3 y 2008b). Este punto se generaliza: sin el momento de actividad, ninguna experiencia podría tener lugar, porque no podríamos dar bases para la distinción yo-no yo. El “yo” es tan profundo como se vuelva en la constitución de la experiencia. Este momento de actividad no es un principio abstracto (como el “pienso” kantiano), sino una dimensión modificable, cualitativa: puede ser enfática o tentativa, fuerte o débil, firme o temblorosa. Esto determina en parte las clases particulares de los encuentros con el mundo en los que el agente podría entrar, por lo que diferentes estilos de compromiso se reflejan en el agente y dejan que él o ella tome una forma particular, y esto es lo que es “revelado” en la auto-revelación afectiva o “auto-sentimiento”<sup>22</sup>.

A estas alturas debería parecer plausible que una afectividad agencial básica es una de las fuentes fundamentales de lo que constituye a un sujeto consciente de sí mismo; más específicamente, también es lo que permite a una persona que asuma las características específicas que lo definen como individuo -es por lo tanto una fuente fundamental del "sí mismo" (si es que podemos hablar objetivando de esa manera). La afectividad constituye la dimensión en la que las cosas pueden posiblemente preocuparnos o ser un problema para nosotros. Modificar o quitar el sentido agencia a una persona, y no dejar mucho en la dimensión del yo -sin agencia, sin valorar, sin motivación, sólo una condición plana incolora. Esta es una condición que en algunos casos (duros) podría ser abordado desde los desafortunados sufrientes de depresión severa. La depresión, en sus extremos, parece acabar con el

Pág. 224

---

<sup>21</sup> Esto es deliberadamente reminiscente de la conocida descripción de Heidegger de la estructura de la atención del ser (Dasein: proyección hacia adelante, discursivamente articulada o, en expresión más vívida de Heidegger: Dasein esencial; “estar-sobre-uno-mismo”, “ya-estar-en”, “acompañarse” que sirve para articular también la temporalidad primordial del ser del Dasein (ver Heidegger 1962 [1927]: esp §§41 y 64 , y Haugeland, 2013 para explicación). Además de muchas otras cosas, lo que sobre todo tomamos de Heidegger es la convicción de que no se puede hacer distinciones significativas entre la individualidad y la forma básica de la autoconciencia (Heidegger, por supuesto, no iba a utilizar el último término), y tampoco entre la individualidad y la atención -estructura del Dasein como tal, por lo que la individualidad es un empuje ya siempre afectivo hacia la significación y el valor.

<sup>22</sup> Sobre la noción fenomenológica anticuada de “auto-sentimiento”, ver Frank (2002); ver también Slaby (2012 ) para una adopción de esa noción en la discusión actual de la emoción.

sí mismo a través de una aniquilación de la agencia y de la afectividad. La depresión parece afectar directamente al punto más profundo en el que hablar de “mismidad” [en inglés *selfhood*] es apropiado, si se da credibilidad al auto-informe del paciente (ver Slaby et al., 2013; Ratcliffe, 2012). En la depresión melancólica profunda, la dimensión de auto-construcción afectiva -el núcleo dinámico agencial de la perspectiva de una persona sobre el mundo- parece estar erosionada, y finalmente erradicada por completo. La actividad intencionada, activa la estabilización automática, que se adopte o mantenga una postura, resistiendo impulsos u oposiciones, todo lo que se hace más y más difícil antes de que eventualmente llegue a extinguirse. La relación-mundo de una persona activa en el modo “yo puedo” se deteriora en un abarcativo “no puedo”, por lo que incluso la más habitual de las actividades se vuelve prácticamente imposible. Como consecuencia, el entorno es cada vez más aprehendido como opresivo, amenazante, no manejable, mientras que la existencia de uno en medio de los demás y en medio de las entidades del mundo se da a conocer tan frágil, en peligro de extinción, vulnerable, y a merced de las fuerzas ajenas. De esta manera, la depresión parece presentar una especie de imagen en el espejo negativo de una afectividad no perturbada (de nuevo, ver Slaby et al., 2013). Esto es la extrañeza horrible absoluta de la depresión severa. Así afligido, no se puede simplemente apuntar a alguna parte y decir “esto es lo que tengo, esta es mi dolencia...” - Sino que es la propia dimensión que sos vos, tu agencia, la misma instancia en que podrías reclamar ser llamado "yo" que se ve afectada. Una consecuencia directa de esto es que el universo de valor colapsa. Sin la capacidad activa, la participación del yo que se borra en la depresión, no hay base para “colgarse” uno mismo en un ámbito de importancias, en el empuje y la dedicación que se necesitan para que un propósito y significado se pongan de manifiesto. El resultado es, como tan a menudo se observa en los pacientes deprimidos, interminables espirales de reflexión inútil y la característica de la ansiedad del yo auto-degradado y desarraigado. El compromiso de un agente pierde su tracción en un ambiente sentido inhabitable. Por otro lado, el mundo pierde su forma práctica, su carácter de algo que se apodera y cautiva, su estatus como un reino lleno de importancia para que nuestra acción y compromiso salga al ruedo. En su lugar, para el depresivo nada es de valor, nada importa. En nuestra opinión, esta profunda vaciedad, el nihilismo del mundo de la depresión, es la otra cara fenomenológica de esa profunda incapacidad pre-personal e incapacidad para actuar y para “mantener a uno mismo” que viene con la erosión catastrófica del yo afectivo mínimo.

## 5. Conclusión

Hemos abogado por un cambio de énfasis en el estudio filosófico de la emoción - un cambio desde ver las emociones exclusivamente como una cierta clase de experiencias (principalmente pasivas) a verlas como mucho más cerca de y más íntimamente unidas a nuestra agencia: como compromisos con el mundo. Si las emociones son “pasiones”, entonces son modificaciones pasivas de nuestra naturaleza activa las muchas formas en que nuestras actividades están moldeadas por acontecimientos dinámicos en nuestro entorno. Y hemos señalado que incluso la dimensión básica de la mismidad -autoconciencia afectiva básica o auto-sensación- tiene que

ser entendida como una estructura esencialmente activa, por lo que podemos concluir que entender nuestra afectividad es darnos sentido a nosotros mismos como agentes<sup>23</sup>.

## Referencias

- Anderson, B. (2009). "Affective Atmospheres." *Emotions, Space and Society* 2: 77–81.
- Aristotle (2002). *Nicomachean Ethics*, trans. S. Broadie and C. Rowe (Oxford: Oxford University Press).
- Colombetti, G. and Thompson, E. (2008). "The Feeling Body: Toward an Enactive Approach to Emotion." In *Body in Mind, Mind in Body: Developmental Perspectives on Embodiment and Consciousness*, ed. W. F. Overton, U. Mueller, and J. Newman (New York: Lawrence Erlbaum), 45–68.
- de Jaegher, H. and di Paolo, E. (2007). "Participatory Sense-Making: An Enactive Approach to Social Cognition." *Phenomenology and the Cognitive Sciences* 6: 485–507.
- Deonna, J. and Teroni, F. (2012). *The Emotions: A Philosophical Introduction* (New York: Routledge).
- Döring, S. (2003). "Explaining Action by Emotion." *Philosophical Quarterly* 211: 14–30.
- Döring, S. (2007). "Seeing What To Do: Affective Perception and Rational Motivation." *Dialectica* 61: 363–94.
- Frank, M. (2002). *Selbstgefühl [Self-Feeling]* (Frankfurt: Suhrkamp).
- Frijda, N. H. (1986). *The Emotions* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Froese, T. and Fuchs, T. (2012). "The Extended Body: A Case Study in the Phenomenology of Social Interaction." *Phenomenology and the Cognitive Sciences* 11: 205–35.
- Goldie, P. (2000). *The Emotions: A Philosophical Exploration* (Oxford: Clarendon Press).
- Griffiths, P. E. (2004). "Towards a 'Machiavellian' Theory of Emotional Appraisal." In *Emotion, Evolution and Rationality*, ed. P. Cruse and D. Evans (Oxford: Oxford University Press), 89–105.
- Griffiths, P. E. and Scarantino, A. (2009). "Emotions in the Wild: The Situated Perspective on Emotion." In *The Cambridge Handbook of Situated Cognition*, ed. P. Robbins and M. Aydede (Cambridge: Cambridge University Press), 437–53.
- Haugeland, J. (2013). *Dasein Disclosed: John Haugeland's Heidegger*, ed. J. Rouse (Cambridge, MA: Harvard University Press).
- Heidegger, M. (1927). *Sein und Zeit* (Tübingen: Niemeyer Verlag). Trans. J. Macquarrie and E. Robinson, 1962, as *Being and Time* (Oxford: Blackwell).
- Helm, B. W. (2001). *Emotional Reason: Deliberation, Motivation, and the Nature of Value* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Helm, B. W. (2002). "Felt Evaluations. A Theory of Pleasures and Pains." *American Philosophical Quarterly* 39: 13–30.
- Hutchinson, D. S. (1986). *The Virtues of Aristotle* (London: Routledge & Kegan Paul).
- James, W. (1884). "What is an Emotion?" *Mind* 9: 188–205.

---

<sup>23</sup> Estamos muy agradecidos a los editores de este volumen y, por otra parte, a Jonas Klein, Jean Moritz Müller, y Nina Trecka por sus comentarios detallados y muy útiles sobre versiones anteriores de este capítulo.

- Krueger, J. (2011). "Extended Cognition and the Space of Social Interaction." *Consciousness and Cognition* 20: 643–57.
- Lambie, J. A. (2009). "Emotional Experience, Rational Action, and Self-Knowledge." *Emotion Review* 1: 272–80.
- Lambie, J. A. and Marcel, A. J. (2002). "Consciousness and the Varieties of Emotion Experience: A Theoretical Framework." *Psychological Review* 109: 219–59.
- Levinson, J. (2009). "The Aesthetic Appreciation of Music." *British Journal of Aesthetics* 49: 415–25.
- Lewin, K. (1938). "The Conceptual Representation and the Measurement of Psychological Forces." *Contributions to Psychological Theory* (Vol. 1, No. 4) (Durham, NC: Duke University Press).
- McDowell, J. (1994). *Mind and World* (Cambridge, MA: Harvard University Press).
- Merleau-Ponty, M. (1962 [1945]). *Phenomenology of Perception* (London: Routledge & Kegan Paul).
- Nagel, T. (1986). *The View from Nowhere* (Oxford and New York: Oxford University Press).
- Noë, A. (2005). *Action in Perception* (Cambridge, MA: MIT Press).
- Noë, A. (2012). *Varieties of Presence* (Cambridge, MA: Harvard University Press).
- Parkinson, B. (1995). *Ideas and Realities of Emotion* (London and New York: Routledge).
- Prinz, J. J. (2004). *Gut Reactions: A Perceptual Theory of Emotion* (New York: Oxford University Press).
- Ratcliffe, M. J. (2008a). *Feelings of Being: Phenomenology, Psychiatry, and the Sense of Reality* (Oxford: Oxford University Press).
- Ratcliffe, M. J. (2008b). "Touch and Situatedness." *International Journal of Philosophical Studies* 16: 299–322.
- Ratcliffe, M. J. (2012). "Varieties of Temporal Experience in Depression." *Journal of Medicine and Philosophy* 37: 114–38.
- Ricoeur, P. (1966 [1950]). *Freedom and Nature: The Voluntary and the Involuntary*, trans. E. V. Kohák (Evanston: Northwestern University Press).
- Roberts, R. C. (2003). *Emotions: An Essay in Aid of Moral Psychology* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Sartre, J.-P. (1994 [1939]). *Sketch for a Theory of the Emotions* (London: Routledge).
- Schmitz, H., Müllan, R. O., and Slaby, J. (2011). "Emotions Outside the Box: The New Phenomenology of Feelings and Corporeality." *Phenomenology and the Cognitive Sciences* 10: 241–59.
- Slaby, J. (2008a). *Gefühl und Weltbezug. Die menschliche Affektivität im Kontext einer neo-existentialistischen Konzeption von Personalität* (Paderborn: Mentis).
- Slaby, J. (2008b). "Affective Intentionality and the Feeling Body." *Phenomenology and the Cognitive Sciences* 7: 429–44.
- Slaby, J. (2012). "Affective Self-Construal and the Sense of Ability." *Emotion Review* 4: 151–6.
- Slaby, J. (2014). "Emotions and the Extended Mind." In *Collective Emotions*, ed. M. Salmela and C. von Scheve (Oxford: Oxford University Press).
- Slaby, J., Paskaleva, A., and Stephan A. (2013). "Enactive Emotion and Impaired Agency in Depression." *Journal of Consciousness Studies* 20: 33–55.
- Slaby, J. and Stephan, A. (2008). "Affective Intentionality and Self-Consciousness." *Consciousness and Cognition* 17: 506–13.



- Smith, M. (1994). *The Moral Problem* (Oxford: Blackwell).
- Solomon, R. C. (1976). *The Passions: Emotions and the Meaning of Life* (New York: Doubleday).
- Solomon, R. C. (2004). "Emotions, Thoughts, and Feelings: Emotions as Engagements with the World." In *Thinking about Feeling: Contemporary Philosophers on Emotion*, ed. R. C. Solomon (Oxford and New York: Oxford University Press), 76–88.
- Velleman, D. J. (1992). "What Happens When Someone Acts?" *Mind* 101: 461–81.